

CULTURA IDEOLOGÍA SOCIEDAD

TEMAS

número 44/ octubre-diciembre 2005

PARA SER (AGRI)CULTOS

saberes campesinos

manejos de agua

de qué suelos comer

cuál energía

¿sembrar transgénicos?

biodiversificarse

vientos huracanados

DANZANDO EN CASA DEL TROMPO

CHE VUELTO A LEER



no. 44, octubre-diciembre de 2005. Nueva época.

SUMARIO

ENFOQUE

Agricultura y sociedad

Una herencia en Manaos.
Historia ambiental,
ecología política y agroecología / 4
Héctor Alimonda

Los campesinos
en el proyecto social cubano / 13
Víctor M. Figueroa Albelo

La ecología en la cultura campesina / 26
Mavis Dora Álvarez Licea

¿De qué suelos
esperamos alimentarnos? / 35
María Caridad Cruz Hernández

Energía y agricultura / 48
Bruno Henríquez

Agricultura y biodiversidad
¿enemigos irreconciliables? / 56
Antonio Rodríguez Suárez

Plantas y alimentos transgénicos:
percepciones sociales / 65
José Manuel Machado Rodríguez

CONTROVERSIA

75 / **Danzando**
*Ismael Albelo, Santiago Alfonso, Miguel Iglesias,
Alberto Méndez, Danny Villalonga, Rafael Hernández*

ENTRETEMAS

93 / Miradas sobre el socialismo y el hombre:
un simposio
Daybel Pañellas Álvarez

122 / Impacto de la globalización
sobre la cultura popular tradicional
Martha Esquenazi Pérez

134 / El fundamentalismo islámico
Enrique López Oliva

LECTURA SUCESIVA

148 / Una mirada al joven Ernesto:
lecturas y viajes
Marta Pérez-Rolo González

156 / La elaboración del espacio en la última
narrativa autobiográfica cubanoamericana
Iraida H. López

161 / Colores al estilo Imperio
Yoel Cordoví Núñez

CORRESPONDIENDO

163 / *Raimundo García-Franco*

Una herencia en Manaos. Historia ambiental, ecología política y agroecología

Héctor Alimonda

Profesor. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

A área que me coube, pequena, colada ao cortiço, é este quadrado no quintal. «Tua herança», murmurou Rânia.

Milton Hatoum.
Dois Irmãos, 2000

Todos os que se iniciam no conhecimento das ciências da natureza atingem a idéia de que a paisagem é sempre uma herança. Na verdade, ela é uma herança em todo o sentido da palavra: herança de processos fisiográficos e biológicos, e patrimônio coletivo dos povos que historicamente as herdaram como território de atuação de suas comunidades.

Azis Ab'Sáber.
Os domínios de natureza no Brasil, 2003

Con sensible maestría, la novela *Dois Irmãos*, de Milton Hatoum, narra la historia de una familia libanesa en Manaos, a lo largo de todo el siglo xx. Desgarrada por la rivalidad irreconciliable entre dos hermanos gemelos, Omar y Yaqub, la familia decae y se extingue; la casa familiar se transforma en un *shopping center* de productos importados, que a su vez quiebra. El único descendiente, hijo de alguno de los hermanos con la

servienta india, recibe como herencia el cuarto del fondo, donde escribe su narración.

Por detrás de la historia narrada en primer plano, está la saga de la humanización de la naturaleza amazónica, que es al mismo tiempo la «amazonización» de diversas herencias culturales. Podría decirse, en verdad, de la «brasileñización», un proceso de hibridación cultural que se localiza en un lugar particular (Manaos), aunque algunas escenas de la historia transcurren en Río de Janeiro y en São Paulo. Historia familiar, historia de Brasil. Los personajes no son arquetipos de figuras sociales: la microhistoria se desarrolla según su propia lógica, con sus rutinas, tragedias, tedios y pasiones; la macrohistoria nacional está presente en el transfondo, pero a veces irrumpe y atraviesa la cotidianidad.

A lo largo del libro se van transformando la naturaleza, las formas de sociabilidad, los personajes, el narrador, la propia ciudad. A medida que el libro avanza, van desapareciendo las referencias a los pájaros, los murciélagos, los árboles y plantas del jardín, a los vecinos. Solo queda el narrador, el heredero. Pero su herencia material es muy magra y ajustada, un espacio

marginal. Es justamente a partir de la práctica, a través de un proceso de apropiación de un pasado, de una síntesis de sus varias dimensiones, de una puesta en acción de capacidades y competencias, que las dimensiones no directamente materiales de esa herencia son potenciadas, la narración es producida, el narrador se instituye como heredero. No importa la dimensión de la herencia, como legado del pasado; importa la capacidad presente de operacionalizarla creativamente y, eventualmente, de transformarla en utopía para el futuro.

También recurre a la figura de la herencia el comienzo de un libro reciente del maestro Azis Ab'Sáber. Solo que, con su sentido profundo de perspectiva geográfica, Ab'Sáber se remonta a un proceso de construcción mutua entre humanidad y medio natural, que viene del pleistoceno. Existe una herencia constituida por la huella ecológica de la humanidad, en su coevolución con la naturaleza, en un inmenso proceso que en sus épocas más recientes vino a desarrollarse en el ámbito físico de lo que, por diversas circunstancias, acabó siendo Brasil. Y existe un patrimonio colectivo, una herencia inmaterial de complejas hibridaciones culturales, en permanente reactualización y reelaboración.

Escribir este artículo ha significado para mí un estimulante desafío para pensar en puentes y caminos posibles entre mis espacios de reflexión más habituales en el horizonte de las ciencias sociales (historia ambiental, ecología política) y el vasto campo inexplorado que representa, desde mi punto de vista, la agroecología. Me parece posible comenzar llamando la atención sobre una cuestión de escala. Creo que es a partir de las dos dimensiones referidas —la micro y la macro—, que una historia ecológica o agroambiental en perspectiva latinoamericana, puede encontrarse con la agroecología, y fructificarse recíprocamente.

Herencia

Desde luego que, al proponer la cuestión de la herencia no lo hacemos en la perspectiva vinculada a la propiedad privada individual, consolidada en ordenamientos jurídicos, base de la organización de nuestras sociedades contemporáneas. Lo hacemos justamente en el sentido de patrimonio colectivo, al que se refiere el profesor Ab'Sáber.

Esa herencia tiene un componente material, constituido por la huella ecológica de la humanidad en general y de cada comunidad en particular sobre el entorno físico-natural, a partir de una dinámica de destrucción y reconstrucción, y por el conjunto de elementos e instalaciones construidos por los humanos

para satisfacer sus diversas necesidades (ciudades, caminos, puertos, centrales nucleares, fábricas, equipos agrícolas, vehículos, etc.). Procesos de satisfacción de necesidades que, lo sabemos, son a su vez el origen de nuevas carencias y necesidades.

Pero existen también los componentes inmateriales de esa herencia, cuya vigencia, legitimidad y significación no unívocas, son objeto de luchas a veces tan enconadas como las que se refieren a los componentes materiales.

Me refiero aquí a todas las dimensiones culturales, simbólicas y de valores que componen ese patrimonio inmaterial. Están aquí también conjuntos cristalizados de relaciones sociales, de identidades y de memorias, que constituyen la dimensión de *l'eredità immateriale* estudiada por el microhistoriador italiano Giovanni Levi, por ejemplo.¹ En lo que aquí nos interesa, quiero enfatizar fuertemente que la herencia inmaterial de la Humanidad, y de cada grupo humano en particular, también está compuesta por tradiciones y conocimientos tecnológicos, por formas de organizar el conocimiento de la naturaleza y de operacionalizar su aprovechamiento para fines de reproducción humana.²

Del mismo modo que en el caso de las herencias individuales, asumir esta inmensa herencia colectiva, en la forma específica de la historia de cada comunidad humana, implica un gran esfuerzo de selección y de síntesis. Como tal, supone una actividad práctica en el presente, que otorgue sentido y valor a esa recuperación. Recibir una herencia es recibir también fantasmas y obsesiones de otros tiempos, en los que podemos reconocer los actuales.

Después de todo, no es interesante heredar una momia. A veces, la herencia puede no ser más que perlas en el fondo del mar, o un viejo libro de recetas de cocina en un baúl, en el desván de una casa abandonada, donde se vuelca la experiencia culinaria de una abuela mitológica, y deberemos ir a buscarlo a la medianoche, y quizás sus páginas estén en blanco. O tal vez lo más valioso de una herencia esté en los reflejos distorsionados de un espejo, que tendremos que aprender a leer... La mayor herencia, en ese caso, es la búsqueda, es el desafío de operar en el presente recuperando los elementos valiosos del pasado, con sentido de futuro. La construcción de una utopía, en última instancia.

Lugar de América en la historia

Hay algo obvio, pero nunca repetido suficientemente. El continente americano fue escenario de la mayor tragedia de la historia humana, constituida por el embate desigual entre las dos grandes corrientes de expansión que, desde miles de años atrás, se extendían por la

superficie terrestre. La conquista de América por parte de los europeos fue probablemente la experiencia más violenta y radical de la historia. Se constituyó allí una ruptura que dio origen a la particular heterogeneidad y ambigüedad de las sociedades americanas y de sus imaginarios sociales, pero también de la flora, la fauna y los paisajes con los cuales conviven.

La conquista europea significó una dramática interrupción en el curso histórico natural de la población americana, que en la época representaba 20 % de la humanidad. Grandes culturas desaparecieron sin dejar muchos más rastros que las ruinas de sus ciudades; también desaparecieron pueblos y naciones indígenas no urbanos, sin dejar ningún vestigio. Se trató de un gigantesco etnocidio, que implicó el sacrificio gratuito de universos simbólicos y de tecnologías adaptadas a diferentes ecosistemas del continente, basadas en siglos de paciente observación de los procesos naturales.

Al mismo tiempo, este etnocidio tuvo expresión muy concreta en la espeluznante mortalidad que arrasó a las poblaciones indígenas. No se trató solamente de la violencia directa de los conquistadores, de los trabajos forzados, del hambre provocada por la desorganización de los sistemas agrícolas. Fue consecuencia también del efecto devastador que tuvieron, sobre la población de América, hasta entonces aislada del resto de la humanidad (y, por lo tanto, con escasa inmunidad), los microorganismos patógenos trasplantados al continente por los europeos.³

Pero junto con esta catástrofe demográfica, se produjo también una gigantesca migración de flora y fauna extramericana, que rápidamente se extendió por la superficie del continente, y que en algunos lugares produjo, en pocos años, radicales transformaciones de los ecosistemas y del paisaje.⁴ En la mayoría de los casos, estos fenómenos contribuyeron al colapso de los sistemas agrícolas y de recolección nativos; en unas pocas situaciones, como en las llanuras de Río de la Plata y del norte de México, los indígenas fueron capaces de sacar provecho de estas transformaciones, incorporando a su cultura los caballos, en una primera y exitosa hibridación, que potenció su capacidad de resistencia frente a los invasores.⁵

Simultáneamente, hacían la travesía en sentido contrario vegetales de gran valor alimenticio hasta entonces desconocidos en Europa, junto con saberes agrícolas vinculados con ellos, que habían sido desarrollados durante siglos por los nativos de América, y que tuvieron en el continente de adopción consecuencias demográficas y sociales nunca debidamente destacadas.

Gran parte de estos procesos se desarrollaron espontáneamente, con independencia de la voluntad y

de las intenciones del poder imperial. Sin embargo, formaron parte de un gigantesco dispositivo de reordenamiento social y ambiental de los territorios en función del establecimiento de lo que ha sido denominado «economía de rapiña».⁶

Este reordenamiento significó también una reterritorialización del espacio continental, en una escala hasta entonces desconocida por la humanidad. Cada punto del continente fue redimensionado según una red multifacética de poder, que respondía a la lógica y a las capacidades concretas de acción y de presencia efectiva de la potencia imperial. Lo local latinoamericano se constituyó según una relación con un sistema global hegemónico. Como resultado de ese reordenamiento territorial, surgieron las ciudades como centros de guarnición y administración, como gestos del poder, y no como progresivo adensamiento de relaciones sociales según las virtualidades del territorio. Antes fue la ciudad capital que la aldea.⁷

Lo anterior llevó a la formación de sociedades netamente concentradoras de poder político, social y económico, caracterizadas por profundos cortes étnico-culturales y por la rigidez de las estructuras sociales, que incluyeron la esclavitud africana. La lógica de la «economía de rapiña», cuyas ganancias dependían de la vinculación con el mercado global, alimentó y fue retroalimentada por estos mecanismos de exclusión. En todas partes, con dimensiones e intensidad variables, se incrementó la tendencia a la constitución de la naturaleza en mercadería.⁸

Sin embargo, esta reorganización social, altamente excluyente, no significó la desaparición absoluta de los pueblos indígenas o de sus culturas. Recomposiciones demográficas y mestizajes fueron constituyendo un magma cultural de origen americano, europeo y africano, donde sobrevivieron antiguos saberes sobre la naturaleza y se crearon otros nuevos.

En estas sociedades, caracterizadas por una particular orfandad en relación con su propio pasado y por la heterogeneidad y subalternidad de su herencia, la independencia vino a crear una nueva crisis de identidad. En efecto, se cortó el vínculo con las metrópolis a comienzos del siglo XIX —con la excepción de Cuba y Puerto Rico—, sin que esta circunstancia significara una transformación significativa en relación con las tendencias estructurales ya existentes. En todo caso, a los espectros tradicionales se sumaron otros nuevos. Las élites triunfantes continuaron reproduciendo los mecanismos de exclusión; se preocuparon especialmente por la ampliación o el establecimiento de sectores económicos para la exportación, con nuevos y decisivos costos ambientales, y llevaron adelante la conquista de nuevos territorios a costa de los pueblos